

Sábato describe en un solo párrafo un libro, un cuadro y a dos señores, apoyándose mayormente en el sentido de la vista:

Era un volumen grande, encuadernado, con una brillante sobrecubierta en colores, la reproducción de un cuadro que parecía de Leonor Fini: en un lago especlar, había una mujer desnuda, (...) de ícticos y alucinados ojos. El título lo sobrecogió: *Los ojos y la vida sexual*. Una vez en la calle comenzó a cavilar. Desde que había visto entrar en ese café al doctor Schneider y en seguida a Costa, no dejó de vigilarlo y visitarlo el peligro [415].

LA MIRADA

La importancia de los ojos en el contacto entre dos personas corresponde, en la fenomenología sartreana, a la mirada. Sábato se da cuenta del significado de este fenómeno en su propia obra:

Y de pronto comprendió que su preocupación por Sartre no era producto del azar, sino de esas mismas fuerzas que lo hostigaban. ¿No era el problema de la mirada, de los ojos? [41].

Lo asocia en la relación entre Brauner y Domínguez o en su propio contacto con Schneider y otras muchas personas.

Sábato ratifica además otras nociones básicas de Sartre, relacionadas con la mirada. Parejo con el pavor de Sábato ante los ciegos es el de Sartre ante la mirada del otro, la cual termina convirtiéndole en esclavo:

—¿Qué es lo que te pueden ver? El cuerpo. El infierno es la mirada de los otros. Mirarnos es petrificarnos, esclavizarnos. ¿No son los temas de su filosofía y de su literatura? [50].

De ahí que, en el mundo de los personajes sartreanos, una sola mirada puede dar por resultado el sufrimiento eterno. Otro concepto relacionado con la mirada es el de la vergüenza. Explica Sábato, comentando la filosofía de Sartre:

—La vergüenza no es una trivialidad, y sobre todo la vergüenza de un niño. Puede llegar a tener tremendo alcance existencial. Tengo vergüenza, por lo tanto existo. De ahí sale todo [50].

Meditando la problemática de Sartre, Sábato piensa en la relación entre aquél y Sócrates: «Los dos feos, los dos odiando su cuerpo, sintiendo repugnancia por su carne, ansiando un mundo transparente y eterno» [59]. Con sus propias obsesiones en lo que toca a la ceguera, Sábato entrelaza las de Sartre en lo que toca a la vista. Este

había querido resguardarse en el «pensamiento puro» de la misma manera que Sábato había querido refugiarse en el universo de la luz, representado por la ciencia:

Después, hacia 1947, advertí que en Sartre todo provenía de la vista, y que también él se había refugiado en el pensamiento puro, mientras que sus sentimientos de culpa lo forzaban a las buenas acciones. ¿Culpa = ceguera? [338].

De este modo, Sábato termina relacionando los contrarios aparentes de la vista y la ceguera, en base a sus propias obsesiones.

No sólo en disquisiciones filosóficas relacionadas con Sartre sino también en descripciones novelescas Sábato se esfuerza para precisar y poner énfasis en la mirada. Se entiende la mirada como un contacto del sentido de la vista realizado entre dos personas. Este vínculo puede referirse a la comunicación entre dos personas o a la observación de una persona por otra. De ahí el empleo reiterado de los verbos *observar*, *ver*, *mirar* y del sustantivo *mirada*. Se pueden aplicar aquí muchos ejemplos antes mencionados en el contexto de los ojos, y ahora otra vez importantes en el contacto entre dos personas por medio de la acción de mirar, mediante la cual se pone en función el sentido de la vista. Por ejemplo, Sábato rehúye la mirada del hombre que le hace recordar el episodio del gorrión. Más tarde, en el metro, Sábato tiene conciencia de los ojos puestos en él, que literalmente son los de su antigua maestra María Etchebarne: «Pero más que mirarme, me *observaba*» [313]. Sus recuerdos más vivos de Soledad son los de «su mirada paralizante» [307]. Después de su ascenso, una vez terminado el rito con Soledad, Sábato se desdobra. Se mira como si fuera otro o, mejor dicho, es como si hubiera dos Sábatos. Sucede después de este desdoblamiento la percepción de que se ha convertido en una rata con alas, cambio no notado por el resto del mundo, y cuyo secreto Sábato resuelve guardar, pues «el deseo de vivir es así, incondicional e insaciable» [500].

Uno de los ejemplos más valiosos de la importancia de la mirada como medio de posible comunicación se lleva a cabo entre Bruno Bassán y Sábato. Se registran varias ocasiones en las que Bruno le observa, y en base a ellas profundiza y penetra hasta poder grabar los pensamientos más íntimos de Sábato.

Tendríamos, así, que la conciencia de la mirada, al igual que la de la ceguera en otro plano, la importancia de las fuerzas ocultas y de la noche, contribuyen a la creación de un cuadro de tinieblas con chispazos de luz. Aunque el libro termine ya en el día—ejemplificado en la ubicación de los cuatro personajes principales al amanecer—

cer— la imagen preponderante es la de un cuadro donde ha reinado una impresión general de oscuridad. Todo escritor tiene igual derecho a distintos niveles de la realidad o a la creación de su propia realidad. Sábato afirma:

Cada creador debe buscar y encontrar su propio instrumento, el que le permite decir realmente *su* verdad, *su* visión del mundo [139].

La visión de Ernesto Sábato resulta ser un mundo asumido a base de contrastes: un cuadro en claroscuro.

MARILYN FRANKENTHALER

Dept. of Spanish-Italian
Montclair State College
Upper Montclair
NEW JERSEY 07043
(USA)